

Piedra y sangre

Juan Sebastián Padilla Suárez

Colaborador en medios y revistas. Estudiante de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad del Quindío, jspadillas@uqvirtual.edu.co

Más allá de traiciones, castigos, águilas y vísceras devoradas, poco o nada se ha dicho del “inexplicable peñasco” de Prometeo. Mucho tendría por decir la roca del Cáucaso en la que terminó fundido de dolor el impío semidiós. Hay objetos que miran y hablan. Y muerden. Qué pueden decir los objetos, por ejemplo, sobre la vieja liturgia de sangre y mierda a la que parecemos condenados. En *La pobre calidad del agujero*¹, el escritor quindiano Camilo Velásquez le da voz a un oleoducto que, en sus brotes de autoconsciencia, cuestiona la insensatez y la obsesión de perforar. El ducto percibe los cambios de clima y la derrota del sueño. Piensa en su cuerpo y el crudo y el dinero y la muerte y el tiempo que fluyen a través de su forma. También asume el estupor de la sensibilidad: la brusca transición entre ariete y taladro, sonidos y siluetas de la “cruda reverberación del negro en la oscuridad”, la vista de los atardeceres y los atajos invisibles entre lo corriente y lo aterrador.

La novela es una variación de secuencias en la que se alternan el soliloquio del tubo y unos fragmentos que traen de regreso algunos hechos medulares de la violencia: la extracción en el Piedemonte llanero, las voladuras guerrilleras, el asedio de las autodefensas, el Estado colombiano como agente de seguridad privada de las petroleras, la muerte de los ríos, los ríos de muertos, los pescados con olor a brea, el saqueo, el despojo y otros rituales de esa matanza sacralizada. Pero no es un *collage* de apuntes con ínfulas de crónica ni un recuento marchito del conflicto armado, es un ejercicio de memoria que rescata el asombro. Es el relato de los reveses de una guerra que acostumbramos a mirar como algo ajeno, como si fuera un fardo en el camino, aunque terminemos siendo nosotros mismos el fardo y el camino.

De 2001 a 2004, la carnicería entre Miguel Arroyave, del Bloque Centauros, y Martín Llanos, de las Autodefensas del Casanare, dejó tres mil muertos. O más. Dijo don Mario en sus delaciones que

la rencilla surgió por cizaña del zar Carranza, que además de esmeraldero era chismoso, y les dijo a los matones que el uno estaba conspirando contra el otro. El Financiero, personaje de la novela, afirma que más que una disputa era un juego en el que solo morían los muchachos, incluso se llamaban para decirse “muévase hacia La Clarita de Tauramena que allá quedaron los muchachos esperando” o “bueno, volvamos mañana, ahora despejemos para que cada uno recoja”. Los cuerpos, pues. Lo cierto es que no se mataban gratis, buscaban controlar el narcotráfico, las regalías petroleras y acaparar toda la tierra que fuera posible. Y en ese cortejo de muertos participaba el ejército a favor de los Centauros soltando bombazos en los campamentos de Llanos.

Es difícil hilar hasta las causas del problema, pero el autor se atreve. Estas palabras son oportunas: “dondequiera que haya petróleo llegan los armados, donde pican la roca se abre un problema y dondequiera que pase el ducto no habrá paz”. Eso lo dice Velásquez cuando hace hablar al difunto director de Corporinoquia, acribillado en 1998. “Justo al corazón apuntaron los hombres”, detalla la noticia de El Tiempo. Y es verdad. Se sabe que desde la llegada de las petroleras empezaron los roces con la población. En principio, prometían oportunidades laborales, pero traían personal de otras partes; luego las carreteras se volvieron de uso exclusivo. Ni hablar de los estragos ambientales denunciados en vano porque danzaban los millones para torcer el criterio de las autoridades. Cuando no funcionaba la untada acudían a métodos más persuasivos, por no decir contundentes. Con el inicio de la explotación el Estado impuso su presencia militar enfilada en el cuidado de la infraestructura petrolera; el ejército actuaba como la gendarmería de los fideicomisos dueños de la inversión. Ahí empeoró la cosa.

Y para disipar a los revoltosos que reclamaban los señalaban como colaboradores del ELN. De paso los relacionaban en la nómina de muertos

por cobrar. De manera que los campesinos y sus familias eran blanco del gobierno y de los paramilitares; también de la guerrilla por crearlos auxiliares de las autodefensas; y más tarde, cuando la guerra entre Llanos y Arroyave, quedaron en el centro del fuego cruzado porque cada bando los acusaba de traidores. Encima, las autodefensas se apoderaban sistemáticamente de las tierras donde supuestamente había yacimientos de petróleo, y no solo eso, desalojaban a las poblaciones de las zonas aledañas a los campos de exploración. Declaraciones de desmovilizados sostienen que se aparecían en las fincas con las escrituras hechas y al que no firmaba “tome su tiro”. Nada menos que las multinacionales tercerizando la seguridad con el Estado y las autodefensas, legalidad e ilegalidad íntimamente vinculadas en la misma locura. Porque no hay que ser escrupulosos en los bisnes, dicen.

Algunos profesores, en su afán de enredarlo todo a punta de explicaciones, decían que el crudo era el *chi* del Piedemonte, y que el ducto era, en ese sistema de sabiduría, un “meridiano energético”. Por eso advertían los expertos que el flujo traería turbaciones en esa suerte de fuerza vital que tienen las entrañas de la tierra. Lo propio entonces era que la insurgencia dinamitara los ductos: debían acudir a medidas terapéuticas para evitar el drenaje del *chi* de las montañas. Todo eso lo cuenta Velásquez en la novela. No sé si convencido o irónico. Los ductos eran —son— como unos tótemes para la guerrilla, una piedra sagrada con poderes magnéticos. Los atraía el mandato divino de liquidar el extractivismo colonial haciendo volar dióxido de carbono y nitrógeno, acción igual de revolucionaria y demencial que la de los luditas del siglo XIX destruyendo máquinas para frenar el capitalismo.

Sobran razones para matar, al parecer. Las guerrillas lo hacían —hacen— apelando al ropavejero del espíritu patriótico, las autodefensas con la justificación de combatir la rebelión y el Estado con la buena intención de proteger. Y todos consumaron la guerra por la paz. *La pobre calidad del agujero* recuerda esos bemoles de la vida nacional a partir de los cuadros pequeños de la cotidianidad, refiere ese periodo violento no desde el testimonio o la falsa empatía, lo dije ya, sino desde los quehaceres habituales de quienes se han involucrado, por presión o voluntad, en el conflicto: personajes prestados de una realidad que parece ficción, altos grados de organización criminal que rayan en burocratismos excesivos, culpas omisas, soluciones simbólicas e inútiles.

A veces las historias de la guerra, de lo absurdo que suenan, son confundidas, o uno quiere confundirlas, con la literatura. Por favor, que sea mentira que a los muertos había que tirarlos al río con el estómago abierto para que no flotarán; por favor, que sea mentira que los gallinazos ayudaban al sepulturero quien, por la cantidad desbordada de cuerpos, perdía los alientos para cavar; por favor, que sea mentira que los verdugos hacían fila para degollar prisioneros y luego beber su sangre; por favor, que sea mentira que los niños reclutados eran escudos. Todo es tan inverosímil y delirante que tal vez por eso Camilo Velásquez vio en un objeto el personaje apropiado para enrostrarnos esta verdad: “la realidad, anticipaba el ducto, o lo que algunos llamaban vida, emigraría hacia un lugar donde no serían necesarios los cuerpos”. ■

¹ Camilo Velásquez, *La pobre calidad del agujero* (Oreri-Iniziativa Editoriale, Cagliari, 2023).